

SAN FRANCISCO JAVIER.

El siglo XVI será siempre célebre por la horrible perturbacion moral que ocasionaron en el mundo las heréticas doctrinas de Martin Lutero. Hijo éste de un pobre trabajador de minas de Sajonia, estudió en Eisenach y en 1505 tomó el hábito en el convento de los agustinos de Erfurt, siendo poco despues nombrado profesor de la universidad de Wittemberg y enviado á Roma en 1510 para asuntos de su orden. Por aquel tiempo encargó el papa Leon X á los dominicos la predicacion de las indulgencias, de cuya preferencia resentidos los agustinos, hicieron á Lutero intérprete de su descontento. Dotado de un carácter fogoso, irascible é incapaz de someterse á ningun género de autoridad, publicó el heresiarca un programa con noventa y cinco proposiciones que hallaron al punto infinitos partidarios. En vano el pontífice citó al autor ante su tribunal, remitiendo el asunto al cardenal Cayetano, sublegado en la dieta de Ausburgo. Intentó aquel, aunque sin efecto, que se retractara Lutero; quiso prenderle, pero habiéndolo sabido á tiempo logró fugarse. Protegido por el elector de Sajonia profesó abiertamente doctrinas cada vez mas perniciosas. Cuantos medios se pusieron en práctica para facilitarle una retractacion fueron inútiles. En 1520 el papa lanzó contra él la excomunion haciendo quemar todos sus escritos como heréticos, y el emperador le declaró fuera de la ley. Sin embargo, encontró asilo en el palacio de Warthourgo, cerca de Eisenach, donde su padriuo el elector de Sajonia le tuvo escondido mas de nueve meses. Empleó Lutero este tiempo en componer algunas obras para que cundieran sus doctrinas é hizo una traduccion de la Biblia en aleman. Al salir de su retiro empezó á recorrer la Alemania y por do quiera se granjeó prosélitos. El egoismo de unos, la avaricia de la mayor parte de los señores sus partidarios, que veian en la propagacion de la nueva secta un medio de apoderarse de los bienes del clero; la incontinencia de otros, con la cual era en extremo tolerante, atrajeron á su bando príncipes tan poderosos como los reyes de Suecia y Dinamarca, magnates de tanto valer como los de Frauconia, Hesse, el Palatinado y Brandeburgo, consiguiendo al cabo se otorgara la libertad de conciencia á sus sectarios en las dietas de Nuremberg (1523—1524) y de Spira (1526).

Empleando con frecuencia un lenguaje trivial, valiéndose contra sus adversarios de las palabras é injurias mas groseras y soeces, aunque poseyendo una elocuencia impetuosa que arrastraba al populacho, continuó Lutero escribiendo contra el catolicismo hasta su muerte acaecida en 1545.

Durante los últimos hechos que acabamos de indicar, cuando mas fiera rugia la tormenta contra la Iglesia de Jesucristo, siete hombres se juntan en Montmartre el dia de la Asuncion de 1534 y hacen voto de pobreza

absoluta, obediencia á la Santa Sede, y resuelven consagrar su tranquilidad y existencia á la mayor honra y gloria de Dios, sin economizar fatigas ni privaciones en cualquier parte que fuere necesario. Juran emplear sus esfuerzos unidos en un solo cuerpo, en una sola inteligencia, al triunfo de la verdad y á la estirpacion del error, y el Eterno debió acoger su intencion, segun los grandes hombres que contó en adelante el instituto que establecieron y el horror con que fué mirado siempre por los sectarios de todo género, por los seides del absolutismo y los aduladores de la plebe.

Entre estos siete hombres brillaba Francisco, nacido el año 1506 en el castillo de Javier en la vertiente de los Pirineos. Su familia traía origen de la sangre real de Navarra, y desde luego formó aquel niño el encanto de los suyos antes de constituir su orgullo en la juventud por los notables progresos que hizo en las ciencias en la universidad de París, emporio entonces del saber y palestra literaria de la mas distinguida nobleza europea. Allí recibió el grado de maestro en artes á los veinticinco años, pasando á enseñar la filosofía con general aplauso.

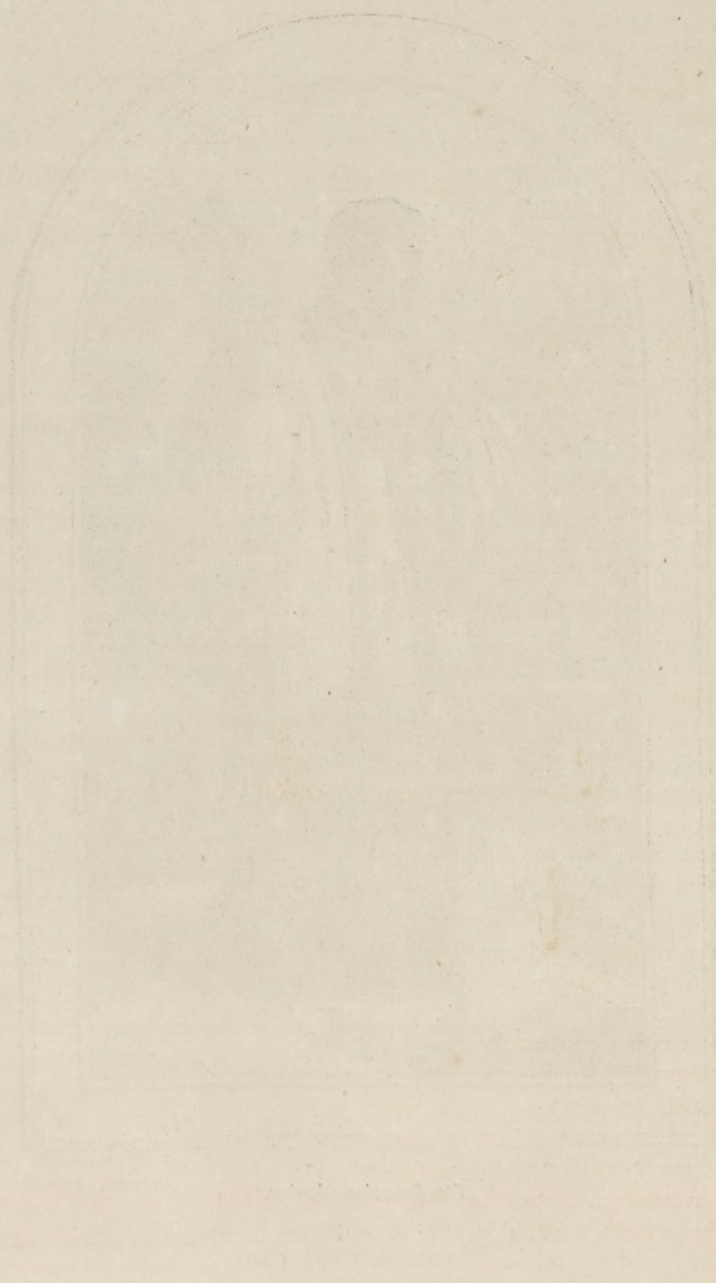
Por este tiempo Ignacio de Loyola, jóven aun, se consagraba al servicio divino en la iglesia de Monserrat. Era descendiente de personajes ricos é ilustres de gran reputacion en el país; no habia creído como Lutero devorando las humillaciones y viviendo de la limosna pública: corrieron sus primeros años en medio de una corte galante y poderosa, y nombrado capitán derramó su sangre en el sitio de Pamplona. Ni la vida contemplativa de los monasterios, ni los estudios teológicos habian sido nunca de su agrado, sino mas bien los azares de la guerra, los devaneos amorosos y la lectura de los poetas; aun él mismo se dice que compuso muy buenos versos. Pero la Providencia hace llegar á sus manos algunos libros devotos en que jamás habia fijado su vista, y se presentan ante la imaginación del caballero horizontes desconocidos que nunca juzgó pudieran existir.

Desde entonces se le vió cubierto con un grosero vestido mendigando de puerta en puerta; toma el báculo de peregrino y visita los lugares de nuestra redencion; vuelve á Europa, conságrase á los estudios, aprende la gramática y á los treinta años de su vida escucha en la universidad de París á los profesores mas distinguidos, entre los cuales sobresalia Francisco Javier. Pronto el jóven maestro reconoce en Ignacio de Loyola un genio superior atiende sus consejos y se asocia con él á la grande obra de la compañía de Jesus.

Hemos dicho que solo siete individuos dieron comienzo á tan grande empresa; todos eran jóvenes sabios y pensadores; incrédulos en un principio y reducidos á la verdad por los esfuerzos de Ignacio. Al poco tiempo otros tres auxiliares se les agregaban. Estos diez hombres fueron suficientes para contener la revolucion luterana en cuantas partes se presentaron; diez católicos nada mas, sostienen á la Iglesia de Occidente sobre su pedestal vacilante á impulsos de la malicia y el orgullo.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

IN THE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO



FLOR DE LA INFANCIA.



URRABITA COPIO.

ORTEGA

San Francisco Javier.

Aprobada la Compañía por la santidad de Paulo III, el rey Juan de Portugal pide dos misioneros y Javier sale de Roma para las Indias Orientales despues de recibir la bendicion del vicario de Cristo, sin mas equipaje que su breviario. En vano el monarca portugués quiere detenerle en Lisboa; allí se embarca en 1541, para desempeñar su apostolado. Los frios insoportables de Cabo Verde no consiguen entibiar su celo, ni los calores abrasadores de la costa de Guinea enervan la fortaleza de su ánimo. Detiénese un invierno en Mozambique y su estancia es un continuado ejercicio de caridad. Por fin á los trece meses de su salida de Lisboa, arriba á la ciudad de Goa, donde despliega todo su carácter de legado apostólico.

Los portugueses habian hecho renacer el cristianismo en algunos puntos de las Indias, mas ya no quedaba señal alguna: la idolatria y el mahometismo reinaban por todas partes y los mismos europeos llevaban una vida mas propia de paganos que de servidores de Cristo. El nuevo apóstol hace oír su voz á aquellos degenerados cristianos y en breve la ciudad muda de aspecto: funda un seminario para estender las misiones, y siguiendo adelante, el reino de Travancor abandona el culto de Brahma por la religion del Crucificado.

Un pueblo bárbaro y salvaje invade los paises nuevamente convertidos, lleválo todo á sangre y fuego, pero Javier se presenta al ejército invasor con un crucifijo en la mano, le manda retroceder en nombre del Dios verdadero y ¡prodigio maravilloso! la inundacion vuelve sobre sus pasos, obedece y retorna á sus fronteras para no traspasarlas nunca.

La solicitud de Javier se estiende á todas las Indias. Convierte á la fé aquella raza indolente, embrutecida, degradada, la mas difícil de mudar de costumbres é ideas de cuantas existen. No solamente les hace conocer la fé sino que les proporciona la paz en las incesantes guerras que de continuo les destruyen. Un nuevo refuerzo de misioneros que recibe le proporciona medios de dilatar sus pacíficas conquistas. Convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real, hace otro tanto en la isla de Ceilan, y en los reinos de Candi y de Jafanapatan, en las Molucas y en la mayor parte de las islas que rodean á Macasar.

El vasto imperio del Japon le ofrece abundante cosecha de almas que reducir al buen camino, y allá se dirige sin arredrarle las furiosas tempestades que se oponen á su travesía. Sin mas proteccion que su confianza en Dios planta la cruz de Cristo en aquellas incógnitas regiones, atraviesa los bosques, camina muchas veces con el agua hasta la cintura por medio de las tierras pantanosas, no le acobarda el encuentro de las serpientes y bestias feroces, busca en medio de los desiertos las tribus salvajes, y otras veces asciende á las rocas mas inaccesibles donde establece su cátedra para anunciar á los hombres de Oriente la civilizacion y doctrina de que no habian oído hablar nunca.

En ocasiones huian de Javier con terror pánico cual de un encantador: entonces los religiosos les tendian los brazos en nombre de Jesucristo, y si

no podían detenerlos, fijaban la cruz en un lugar solitario, retirándose confiados en la misericordia divina. Los bárbaros se iban aproximando como atraídos por un imán secreto hacia el estandarte de la redención elevado en la soledad, y el santo apóstol, aprovechándose del primer momento de sorpresa, acudía solícito á pintarlos las dulzuras de la verdadera fé y los horrores del miserable estado en que se hallaban sumergidos. Fijaban los salvajes sus miradas estúpidas en el desconocido sacerdote que les hablaba de un Dios incógnito para ellos, y concluían por mirar al cielo que les señalaba el misionero y caer de rodillas confesando sus errores y pidiendo las santas aguas del bautismo.

Javier desea penetrar en la China; pero esta misión estaba reservada á sus compañeros, que debían algo mas tarde derramar en ella abundante sangre.

Durante la travesía un dolor agudo de costado puso fin á su carrera apostólica, á los cuarenta y seis años de edad, en 2 de diciembre de 1552. Su cuerpo fué depositado por el capitán del buque en una cabaña de la isla de Lanchon. Dos meses y medio despues fué trasladado á Malaca y desde allí á Goa. Paulo V en 1619, incluyó en el número de los santos á este insigne español.

La posteridad ha hecho justicia á los diez mendigos que unidos á Ignacio de Loyola, hicieron inclinar la balanza hacia el catolicismo cuando las generaciones parecían tomar rumbo hacia los errores paganos, y la nación española cuenta entre sus mayores glorias el nombre de San Francisco Javier.

DIONISIO CHAULIÉ.

DON JOSÉ PALAFOX.

«El Ebro y el Gállego con todos sus raudales no han podido apagar el fuego de cincuenta cañones y de innumerables proyectiles, que abrasan el famoso arrabal; sus intrépidos defensores se abren paso por entre espadas y llamas; parte se interna osadamente en la ciudad; tras ellos viene el enemigo concentrando sus fuerzas, procurando avanzar por entre cadáveres y escombros: humanos espectros y esqueletos vivientes le asombran todavía, saliéndole al encuentro. Rodea, en fin, la calle del Sepulcro, cuyo nombre corresponde perfectamente á su conquista: conquistado habeis, valientes del Sena un sepulcro, un panteon, un cementerio; que ya no es mas Zaragoza. Cincuenta y cuatro mil cadáveres, cuyos huesos yacen esparcidos por el vasto ámbito de la ciudad, ofrecen en ella el espectáculo del campo lleno de huesos que vió Ezequiel profeta..... El patriarca Jacob, despues de una

misteriosa lucha, herido en su humanidad, ve una escala por donde suben y bajan los ángeles, y cuya cima ocupa Dios mismo. Aplicad, ángeles santos, vuestra escala y dad la mano á los combatientes de Zaragoza, para que, escalando el cielo, suban al seno de Dios. Mientras los carros funerales de la heroica ciudad estremecen corriendo, para transportar millares de cuerpos muertos, el carro flameante de Elías, en que perdió de vista la tierra, vuelve para conducir á la region de la inmortalidad esos mismos cadáveres vivificados.» No cabe pintar mejor el extremo á que llegó el heroismo de los zaragozanos durante los dos sitios que sostuvieron contra los franceses. Así admiró el elocuente orador cristiano don Antonio Heredero y Mayoral pocos años despues en el templo del hospital de Monserrat de Madrid á su auditorio. Por tan magnífica descripcion se concibe la grande empresa de que don José Palafox y Melci fué alma.

Treinta y tres años tenia el héroe por entonces: á los diez y seis vino á servir como guardia de corps desde Zaragoza, su ciudad nativa; y á una de sus próximas casas de campo, se retiró despues del martirio glorioso de Daoiz y Velarde. Ya habia recibido el bautismo del fuego durante la guerra contra Francia; y de brigadier era su grado. Por aclamacion popular se puso al frente del levantamiento de Zaragoza, y soberanamente representó el teson característico de sus paisanos indomables. A las parejas andaban la energía de su alma y la gentileza de su porte, segun nos le ha conservado el magistral pincel de Goya. A la ciudad rodeaban débiles tapias, y *Paz y Capitulacion* le propuso Lefebvre Desnouettes, luego de arrasar casi todas las baterías y de tener practicables las brechas: su respuesta fué concisa y rotunda: *Guerra á cuchillo*. Famosos hiciéronse á su lado en primera línea el ingeniero San Genis y el tío Jorge. Nuevamente le fué intimada la rendicion por el mariscal Moncey en una comedida carta, á la cual respondió que *Zaragoza no sabia rendirse*, como que estaba determinado á *defender hasta la última tapia*. Así lo pusiera por obra, si no le postrara de peligro la epidemia terrible, que aumentó los horrores de la guerra y el hambre. Aun tuvo la ciudad afligida un hombre de toga por intérprete fiel de sus sentimientos grandes y generosos. Don Pedro María Ric era regente de la Audiencia, y al campo enemigo salió á hablar de ajuste. Mal recibimiento le hizo el mariscal Lannes con estas palabras: *Se respetarán las mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.—Ni aun empezado*, se apresuró á reponer el magistrado ilustre; *eso seria entregarnos sin condicion á merced del enemigo; y en tal caso continuará defendiéndose Zaragoza, pues aun tiene armas, municiones y sobre todo puños*. De esta suerte obligó al mariscal arrogante á escuchar razones y á asentir á partidos honrosos. Su infraccion posterior merece la calificacion de inícuca. Palafox debia quedar en libertad plena, y prisionero se le condujo á Francia, y en Vincennes estuvo hasta el fin de la lucha.

Capitan general de ejército habia nombrado la Junta central de España é Indias al defensor ilustre de Zaragoza, que volvió á su patria á fines

de 1813 detrás del duque de San Carlos, y con la misma comision de inclinár á la Regencia y las Córtes á admitir el tratado, que en Valenzey acababan de firmar Fernando VII y el emperador de los franceses. Uno y otro se volvieron sin conseguir nada, por ser contra solemnes acuerdos anteriores. Luego Palafox vino antes que el rey á España y en Reus salióle al encuentro: allí fué sancionada su elevacion al superior grado de la milicia. Hombre era de ideas templadas, y ni tuvo especial mando, ni figuró entre los perseguidos ni los perseguidores durante las varias alternativas de gobierno constitucional y absoluto. En 1834 solicitó ponerse á la cabeza del ejército del Norte, y á la sazón se le hizo duque de Zaragoza. No llegó á desempeñar la capitanía general de Aragon al año siguiente, por haber parecido aventurados al ministerio de entonces sus planes, para acabar pronto con las facciones que infestaban aquel territorio. Director del cuartel de Inválidos se le nombró en seguida, y á su instalacion dedicóse afanoso, logrando restaurar inteligentemente el convento de Atocha, y recibir allí muchos de los inutilizados en la campaña. Senador fué además y capitán de alabarderos. Al tiempo de su muerte habitaba la casa número 13 de la calle de las Infantas, y conducido fué su cadáver al Cuartel de Inválidos el miércoles de Ceniza de 1847 entre comitiva numerosa; honor debido á uno de nuestros mas esclarecidos veteranos de la guerra de la independencia.

A. F. DEL RIO.

CUENTOS DE ABUELA,

DEDICADOS

AL SEÑOR VIZCONDE DE SAN JAVIER.

V.

EL LAGARTO.

—¡Acabas tan pronto, abuela!....

—Pues qué ¿quieres, enemigo,

Que me esté charlando ahora

Y venga el sueño imprevisto,

Y sin mis rezos se queden,

Por complacer al chiquito,

Mi Jesús de los Descalzos,

Mi Virgen de San Francisco?....

—Es que si rezas me duermo;

Mira, Bastian se ha dormido

Con la cabeza en la silla

Y la espalda en los ladrillos.

—Pero sin dejar el trompo.

—Y si los tres nos dormimos,

¿Quién nos despierta?... tendrás

Que cargar con tus hijitos

En brazos.....—Con un zapato

Despiertan pronto los niños.

—No mas que otro cuento, abuela,

Que Maruja y yo te oímos.

Mas contentos se pondrán

De vernos entretenidos,

Que con esos pater noster

De bostezos y suspiros

Tu Jesús de los Descalzos

Tu Virgen de San Francisco.

—Va por Dios y va de cuento.

¿Aquella cueva habeis visto
Por donde arroja la fuente
De la Magdalena un rio?....
Pues cala mas de cien leguas
Por debajo del castillo,
Y hay un palacio encantado
De la cueva en el principio.
En él se crió un lagarto
En tiempo del rey Perico.....

—¿Es el que rabió por gachas?...

—Es mucho antes y.... ¡chito!

El lagarto era tan grande,
Que entre colmillo y colmillo,
Un caballo con jinete
Y con lanza entraba limpio.....
Los bigotes de ballena,
Los ojos de basilisco,
Las escamas de esmeraldas,
De dragon fiero el hocico,
Y el rabo de ochenta palmos.....

—Luego lo sueño de fijo.

—Calla, Marujilla, escucha.

—Erá guardian el bicho

De una princesa encantada,
En hermosura un prodigio.
La rosa blanca y la roja
Dieron á su tez el brillo,
El sol el fuego á sus ojos,
Color la noche á sus rizos,
Y dos sartillas de perlas
Eran sus dientes pulidos,
En una arquita guardadas
De rubies y jacintos.
Para comer el lagarto
Salía de su escondrijo,
Y lo mismo se zampaba
Un rabadan que un novillo
Con cuero y todo, que el caso
Era saciar su apetito.
El terror de los pastores,
Claro está que era grandísimo;
Ni arcabuces ni ballestas
Conjuraban el peligro,
Pues las flechas y las balas
Era para él un mimo.

—¡Con su concha de esmeraldas!....

—Figúrate tú.... ni un risco.

Los cazadores le huían,
Los bravos perros lo mismo,
Los soldados le temblaban,
Mucho mas los campesinos.

¿Quién vá por la Virgen-Blanca
Ni la Imora con aprisco?....

¿Quién sale á podar las vides?....

¿Quién sale á escardar los trigos?....

La ciudad está asombrada,
De noche cierra el portillo,
En el arrabal no hay novios
En la reja ni el postigo.....

¡Jesus, que tribulacion,

Tener la vida en un hilo!....

Juntos van los de justicia

De justicia los ministros

A una torre del adarve,

Y traspasan el rastrillo

Y bajan á un calabozo

Donde hay, por hierros ceñido,

Un hombre de luenga barba,

De rostro y mirar torcidos.

Juan Sin Dios, diz que le llaman,

Y es un famoso asesino:

Tiene sobre su conciencia

Mas muertes que el tabardillo,

Dicen que ha robado iglesias

Y hasta que ha robado niños,

La justicia lo condena

Y va á purgar sus delitos

En cuanto llegue el verdugo,

Que ya se ha puesto en camino.

La justicia ha cospultado

Al rey, y el rey les ha dicho,

Que le perdona la vida

Con tal que con maña ó brio

Le dé la muerte al lagarto,

De un mes al término fijo,

Y para ello le den armas

Cuántas pida y utensilios.

Los ojos hácia los cielos

Juan sin Dios alzó al oírlo:

«No quiero mas que un caballo,

El que mas corra, les dijo,

Y de pólvora y metralla

Un saco grande, metido

En el redaño de un toro,

Y que Dios sea conmigo,

Que aunque me llaman Sin Dios,

Mi arrepentimiento es íntimo.»

Diéronle lo que pidiera

Y era un caballo magnífico,

De los que Guadalquivir

Abreva en su cauce rico.

Una mañana salió

Y se fué derecho al sitio.....

Lleva el saco y una mecha,

Y puesto en Dios el espíritu.

Salió el monstruo, Juan le arroja

A provocar su apetito

El saco y guarda la mecha,

Y en cuanto lo engulle el bicho,
Enciende la punta y pica
De espuelas firme y tranquilo,
Y sale á escape,.... el dragon
Le va detrás con ahinco,
Y corren, corren y corren,
Mientras en muro y portillos
El pueblo, que está mirando,
Prorumpe en extraños gritos.
Frente de San Ildefonso,
(A cuyo santo recinto,
En cuerpo y alma la Virgen
De la Capilla y su Hijo
Vinieron desde los cielos.)
El caballo cae rendido,
Y al ir á tragarse el monstruo
Al jinete semi-vivo,
En dos mitades revienta,
Con tan enorme chasquido,
Que se cayeron cien casas,
No quedó entero ni un vidrio,

Y en dos la Peña de Castro
Abrió de su cresta el risco.
Juan con la Virgen, llamaron
A Juan Sin Dios los vecinos,
Y él, en memoria del hecho,
Para asombro de los siglos,
Que una mitad colocaran
Del terrible cocodrilo
En San Ildefonso y otra
En la Magdalena, quiso.
La princesa agradecida
Y desencantada, hizo
Brotar un raudal del antro,
Claro, dulce, fresco y rico.
Desde entonces, el que quiere
Ver á un contrario hecho añicos,
Del lagarto de Jaen
Le desea el estallido.

A. ALMENDROS AGUILAR.

UNA CORRIDA DE TOROS.

(Conclusion).

Ya está hecho el saludo á la presidencia, ya los picadores han tomado sus varas y colocádose en sus puestos á la izquierda del *chiquero*; ya los muchachos han dejado sus capas de lujo y echado mano á las de trabajo, y dando unos brinquitos de saludo á los amigos se han colocado en sus sitios aguardando la salida de la fiera. Da en esto el alguacil su silbada vuelta á la plaza para entregar la llave del toril, y suenan los ecos de los clarines y timbales que anuncian la salida del primer toro.

No hay una voz que despliegue su aliento en este instante, todos callan y dirigen su vista escudriñadora hácia la puerta del *chiquero*. Un animal tiene en este acto el privilegio de absorber todas las atenciones, y de hacer que pueda aplicarse á la plaza de toros aquel famoso verso del poeta que nosotros traducimos:

Conticuere omnes, intenteque ora tenebant.

Saltó el toro á la plaza: huyó el silencio. ¡Qué voces, qué palmadas, qué ademanes, qué algazara á su presencia!!... Es alto, retinto y bien plantado: quédase parado ante los bultos y colores que ve desparramados por el circo, y con el fuego de su naturaleza y con el ardor de la pelea que presiente,

retiémblese su lomo, muévase la arena bajo la acción ondulante de sus manos, y enhiesto su cuello poderoso, presenta su arrogante y amenazadora cabeza armada de sus puas formidables. ¡Qué cabeza, qué *velas*, qué toro! ¡Bravo! ¡bra vo! esclama el público ébrio de contento, y el primer arranque de la fiera sucede al compás de los gritos de la muchedumbre que pondera su poder y augura una gran corrida.

A la primera arremetida contra el primer caballo siente el toro en la cruz el escozor de la primera pica, y haciéndose atrás ante un castigo que sin duda no esperaba, recorre furioso la plaza en pos de los peones que le burlan con sus capas, y temple al fin el brio de su salida viendo que todas sus cornadas han sido en vano hasta entonces, y que sus enemigos le han huido el bulto con destreza por la magia de un saber que él no conoce.

El engaño ha hecho al animal receloso, pero no pudiendo evitar la lucha, vuelve á ella con mas aplomo, y entonces empiezan los vuelcos de los caballos y los tumbos de los picadores, faena animada y briosa en que las capas y los recortes de los chulos hacen perder la esperanza del triunfo al pobre toro, dejándole por único trofeo de su empuje el pellejo de unos cuantos pencos que ha despabilado.

Ha pasado ya la suerte de la pica, y el clarín anuncia la de las banderillas. Mirad qué bien plantados, con qué garbo y con qué *caliá* están aquel par de muchachos con sus *palillos* en la mano, untando con saliva la punta del rejo para que no resbale. La decoración ha cambiado: ya no tiene el toro á su presencia el ostentoso poder del picador á caballo; quien le desafía ahora es un *chulo* macareno que no tiene mas armas que su garbo, porque los *perendengues* que tiene en la mano no parecen cosa de bulto que pueda llamar la atención del *bicho*. Cree éste que el vencer está en llegar, y corre y llega hasta encontrarse con el muchacho que se le ha puesto en el camino; pero ¡quía! contra el hachazo de la fiera está el recorte del torero, y á la vez que el toro ha dado al aire su envite, se siente herido en la cruz por dos víboras de hierro que le hacen encabritarse y correr á la desbandada, furioso y avergonzado de su derrota. Repite la gente sus bravos, los semblantes de todos revelan el contento que ha producido la garbosa suerte de unas banderillas muy bien puestas, y entre voces y palmadas y gritos y movimientos llega á indicar el sonido de los timbales que se acerca uno de los momentos mas solemnes de la corrida, la suerte de matar al toro.

Es ciertamente uno de los lances solemnes, y esta solemnidad se la da ya el silencio con que el público escucha, por lo general, el brindis del espada al presidente y el recogimiento con que ve á este *mozo cruo* desenvolver la muleta y marcharse derecho al toro para ajustarle las cuentas.

No las debe tener todas consigo el *bicho* cuando despues de tanta lucha ve que no ha logrado infundir miedo y que se acercan hasta darle con el *trapo* en los hocicos. ¡Qué gozo el del público al ver los pases de la muleta que ocultan al toro el bulto que busca enfurecido! ¡Qué alegría y qué palmadas cuando ve chasqueada á la fiera con un gracioso pase de pecho! ¡Y

qué entusiasmo, por fin, y que arrebató cuando el torero se planta en la *actitud sublime del arte*, cita al toro, le recibe, y dándole en los medios por todo lo alto cae la fiera rodando á los piés de aquel hombre valeroso y sandunguero que mira entonces á la gente con mas vanidad que don Rodrigo en la horca.

Los lances de la lidia y la algazara de los concurrentes se reproducen en los demás toros hasta que las sombras de la noche vienen á poner término á la fiesta.

La gran calle inundada antes con los carruajes y la gente que iban en direccion de la plaza, vuelve á verse cuajada con los mismos carruajes y la misma gente en direccion inversa. Pero ya no es tanta la animacion ni la alegría: lo que pasa y lo que se cuenta es menos ruidoso que lo que se ejecuta: es mas alegre la esperanza que no el recuerdo, y se mete mas bulla cuando se va que cuando se vuelve.

Así es la vida: el sol naciente infunde la alegría de la luz y del día: el sol que se pone trae la oscuridad y la tristeza de la noche.

En España hay mucha alegría cuando se dice: «voy á los toros,» y esta alegría ha descendido muchos grados cuando se dice: «vengo de los toros:» el *voy* aquí es la alegría de la mañana, y el *vengo* la tristeza de la noche. Pero contra la tristeza de una noche está la esperanza de otra mañana, y la esperanza de volver á ver una corrida de toros será siempre una cosa muy alegre para todo español de pura raza.

RICARDO RODRIGUEZ SOBRINO.

LOS DOS HERMANITOS.

(CUENTO ALEMÁN).

Decía un hermoso niño á su hermanita, cogiéndola por la mano:—¡Ay! desde que murió nuestra madre, no hemos tenido una hora buena: nuestra madrastra nos maltrata y golpea todos los días, y cuando queremos acercarnos á ella nos rechaza á puntapiés. Tenemos por único alimento, los menudrugos de pan sobrante, y es mas feliz que nosotros el perro, que roe los huesos debajo de la mesa, porque al cabo se le arroja algun buen trozo de vez en cuando. Tenga Dios compasion de nosotros..... ¡Si nuestra madre lo supiese!..... Mejor seria, si te parece, que nos fuéramos por ahí á correr mundo.

Y habiendo condescendido la inocente niña, se escaparon los dos juntos atravesando campos, montes y laderas, y cuando caía la lluvia y se mojabán, solía exclamar la pequeñuela.—¡Dios y nuestros corazones lloran al mismo tiempo!

Empezaba la noche á estender su negro manto, cuando llegaron á un in-

trincado bosque y desfallecidos por la angustia, el hambre y el cansancio de su larga jornada, se abrigaron en el hueco de un árbol y se quedaron dormidos.

Cuando despertaron por la mañana, el sol alumbraba ya con todo su esplendor el horizonte, y calentaba con sus rayos el tronco del árbol. Entonces esperezándose el muchacho, exclamó:—¡Cuánta sed tengo, hermanita! ¡Si yo supiese donde habia por aquí un manantial! me habia parecido oír ruido de agua.

En seguida se levanta y cogiendo á su hermana por la mano, corrieron ambos en busca de un arroyo donde apagar la sed.—La perversa madrastra, que tenia sus puntas y collares de hechicera, seguia cautelosamente sus pasos y con dañina intencion de bruja, habia echado un sortilegio en todas las fuentes del bosque.—Los niños encontraron un manantial que corria límpido sobre las guijas, y cuando el muchacho se disponia á beber, oyó su hermanita, que el sonante arroyuelo murmuraba estas palabras.—El que beba de mi agua, se volverá tigre: el que beba de mi agua, se volverá tigre.

—¡Ay! gritó entonces; querido hermano, no bebas por Dios, porque te volverías tigre y me harías añicos.

El hermano, aguantó su sed, á duras penas, diciendo:—Vamos, me esperaré hasta la primera fuente que encontremos.

Pero cuando al poco tiempo la hallaron, oyó la muchachita que decia:—El que beba de mi agua, se volverá lobo; el que beba de mi agua, se volverá lobo; y apresurándose á detener á su hermano:

—No bebas, le dijo; te lo suplico por la Virgen; vas á transformarte en lobo y me devorarías.

—Paciencia; no beberé hasta que lleguemos á otra fuente, aunque tengo seca y abrasada la boca.

Cuando llegaron á un tercer manantial, oyó tambien la niña que murmuraba lo siguiente:—El que beba de mi agua se volverá ciervo.

Oyendo esto la pequeñuela, suplicó á su hermanito con las lágrimas en los ojos, que no bebiera:—Porque mira, le dijo si te conviertes en ciervo, vas á huir de mí y me vas á dejar abandonada en este bosque.

Pero era ya tarde: el sediento muchacho no pudiendo resistir mas, se habia arrojado sobre la fuente, y apenas las primeras gotas de agua habian refrescado sus labios cuando se vió por ensalmo convertido en ciervo.

La pobrecita niña asombrada y llena de pena, comenzó á llorar amargamente sobre su hechizado hermanito; y el ciervo parecia llorar tambien, triste y sin separarse de las faldas de ella, la cual le dijo al fin, con santa conformidad.

—Respira tranquilo, mi cervatillo amado, jamás te abandonaré: y desatándose una de sus ligas de color de naranja, la trasforma en vistoso collar del triste animalito. Despues arrancó varios juncos con los que hizo una cuerda trenzada, y la ató al collar. En esta disposicion cogiendo el otro cabo de la cuerda se interna en el bosque con su encantado ciervo.

Después de caminar un largo rato, llegaron por fin á una casita, y habiendo entrado en ella y visto que se hallaba deshabitada, dijo la niña: —Aquí podemos hacer alto y descansar; y haciéndolo como decia, tomó desde luego posesion del rústico albergue.

Allí proporcionó sombra y musgo á su cervatillo para que pudiera reposar á su gusto, y cada mañana salia llena de solicitud en busca de raíces tiernas y frutos silvestres, que aquel comia tranquilamente en su mano, la cual solia además lamer amorosamente, brincando y encabritándose con extrema alegría. Llegada la noche cuando la hermanita tenia que descansar, rezaba primero sus oraciones y colocando después su linda cabecita sobre el mullido lomo del cervatillo que le servia de almohada, se dormia tan dulce como profundamente. Con solo que el encantado hermanito hubiera recobrado su forma humana, la pobre niña se habria considerado muy dichosa viviendo aquella vida solitaria.

De este modo se deslizó tranquila durante algun tiempo la existencia en este desierto de ambos hermanitos; mas sucede al fin que un día el rey del país, dispuso una gran cacería en aquel bosque. Donde todo era paz y silencio, hoy es ya todo agitacion y ruido: el eco de las trompas de caza retumba en aquellos agrestes parajes acompañado de los ladridos de la jauría y de los animados gritos de los cazadores. El cervatillo oyendo este alegre alboroto hubiera querido encontrarse en medio de él, llegando la tentacion á tal punto que no pudo menos de decir á su hermana.

—¡Ay! déjame aproximar á esa cacería; no me es posible resistirmas á mi deseo; y ruega é importuna con tal insistencia, que la pobre niña acabó por concederle su permiso.

Mas no accedió sin prevenirle antes que no faltara por la noche en su casita:—Mira, le dijo: yo tendré gran cuidado de cerrar la puerta á esos estrepitosos cazadores, así pues, para que pueda distinguirtedirás cuando llares: «Soy yo, hermanita querida; abre corazon mio;» no oyendo esto yo no abriré la puerta de ningun modo.

El cervatillo se lanza fuera de la mansion muy satisfecho y alegre de verse en completa libertad. El rey y los cazadores vieron al bello animal y siguieron su pista, mas no pudieron alcanzarle; cuando creian ya tenerle en su poder salta él por encima del espeso ramaje y desaparece. Luego que observó que anochecía, corrió á su casa y llamó á la puerta, diciendo: «Soy yo, hermanita querida; abre, corazon mio.»

La puertecilla se abre, entra en su albergue y descansa toda la noche sobre su mullida cama.

Renuévase la bulliciosa cacería al amanecer y cuando el cervatillo oyó de nuevo el sonido de las trompas y la gritería de los cazadores no pudo reposar más y exclamó:—Abreme, hermanita, es preciso que salga. La niña abrió la puerta diciendo:—cuidado con hallarte aquí de vuelta por la noche, y con decir las palabras convenidas.

Cuando el monarca y sus cazadores vieron nuevamente aquel cervatillo

lustroso con su hermosa piel leonada, le persiguieron todos, mas él era demasiado ligero y avisado para dejarse coger. Los cazadores sin embargo, le habian cercado ya al caer de la tarde, y uno de ellos consiguió herirle, aunque ligeramente en un pié: el pobrecito animal cojeaba y escapó con dificultad y lentamente. Un cazador que siguió su rastro hasta la casa pudo oír al fugitivo, cuando decia: «Soy yo, hermanita querida; abre, corazon mio;» y vió además como se abría la puerta cerrándose en seguida.

Retuvo el cazador perfectamente estos pormenores, y yendo donde se encontraba el rey, se lo refirió todo. El rey contestó:—Mañana se continuará la batida.

La niña se habia asustado mucho cuando vió que el ciervo volvía herido: le restañó la sangre y despues de aplicarle en la herida algunas yerbas medicinales, le dijo:—Vete á acostar, querido mio, para acabar de curarte. Y con efecto, así sucedió porque la herida fué tan ligera que á la mañana siguiente, se encontraba ya bueno el cervatillo, á punto de exclamar cuando vió los primeros albores del día, que coincidieron como antes, con los ruidos de la caza:—Yo no me puedo contener: preciso es que vaya allá; no me atraparan tan fácilmente.

Mas la pobre pequeñuela le contestaba sollozando:

—¡Ay, esta vez te van á matar, yo no te dejo salir!

—Bien, me moriré aquí de tristeza, si te empeñas en detenerme: cuando oigo resonar el cuerno de caza, me parece que saltan mis piés.

La hermanita no pudo resistir más; franqueóle al fin la puerta con el corazon todo oprimido, y el imprudente cervatillo se lanza disparado como el rayo, alegre y jugueton, por entre los enmarañados matorrales del bosque.

Cuando el rey llegó á percibirle, dijo á sus cazadores:—Persigámosle durante toda la batida, pero cuidado con que nadie le haga mal.

(Se concluirá.)

(Cuentos de los hermanos Grimm).

DUELOS FINGIDOS.

PEREGIL.

Apenas cierra los ojos
el enfermo, á los arranques
de la muerte, ó del doctor,
que todo es uno en romance,
(pues donde un médico entra
al punto un difunto sale),
abren tanto ojo los hijos
viendo la herencia delante,

y la mujer de alegría
está que danza en el aire.

Descerrijen los baules,
y los escritorios abren:
si dejó mucho, buen hijo;
si dejó poco, mal padre;
si hay talego, era un bendito,
un siervo de Dios, un ángel;
mas si no le hay, era un bruto,
un perdido y un alarbe;
aunque por mucho que deje

todo poco se les hace;
y mientras ellos gozosos
echan á la mosca el guante,
el inocente difunto
tendido como un alarbe;
esta sufriendo las vueltas
de una vieja perdurable,
que al coserle la mortaja,
le atenacea las carnes;
y de los sepultureros
los golpes inaguantables,
pues, del primer pisonazo
todos los cascos le abren;
¿y la viuda? haciendo el mío
con sollozos, y con ayes.
y el corazón más alegre
que una escuela de danzantes,
vestida toda de luto,
cédula que dice al aire:
aquí se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.

Viene luego una parienta
con seis docenas de pajes
no para darla consuelo,
sino solo para hartarse
de dulces y de bebidas,
melindres y chocolate,
y la dice:—¡Ay hija mía!
contéplote en este lance
traspasada de dolores:
ello la pérdida es grande,
¿qué se ha de hacer? Dios lo ha hecho
es menester conformarse
mañana iremos nosotros:
este mundo ya se sabe
que no dá de sí otra cosa:
hija no hay que acongojarse.

Viene despues un usía
de estos que viven del aire,
dando pésames por fuerza,

y enhorabuenas en valde,
y frunciendo los hocicos,
estático de semblante
la dice:—Acompaño á vd.
en el sentimiento grave
de la muerte de don Pedro:
¡qué galán era! ¡qué afable!
¡qué cortés! ¡qué bien hablado!
¡qué prudente! ¡qué galante!
Pues á liberal, ¡Jesus!
no le ganaría nadie;
y quando daba un echavo
le cascaba un mal de madre.
—Ay, señores, dice entonces
la viuda con dos mil sales,
¡yo no sé como estoy viva
con pérdida semejante!
¿Quién me recogerá, quién?
ya yo me quedo en la calle.
—Ay, señorita, responde
el usía calafate,
vaya que no faltará
quien á llevar se prepare
de tan hermosa prebenda
la dulcísima vacante.
—¿Quién me ha de querer á mí?
Ay, Jesus, ¡qué disparaté!
—Pues, señora, hablemos claro,
si mi amor.... pero esto baste:
¿Usted quiere?—Si señor:
—Pues, al instante, al instante:
y de este modo, en un punto,
sin enfriar el cadáver,
lo que era entierro, ya es boda;
y el llanto se vuelve en baile:
¡ó cuánto de esto sucede
en Madrid, y en otras partes!

JULIAN DE CASTRO: *Mas vale tarde que nunca.*

JUEGOS DE LOS NIÑOS.

EL MILANO.

CRONICA.

Cuentan que un rico castellano, vivía en otro tiempo retirado del mundo en un antiguo castillo de Aragon.—Había largos años que no se había de-

jado ver en los campos, y tampoco ningún aldeano conocia su persona.

Al fin un día corrió la voz en la comarca de que el noble solitario habia pasado el puente levadizo de su castillo, y venia á la caída de la tarde á emboscarse en las alamedas que rodeaban su posesion.—Súpose una mañana que una jóven que caminaba sola la víspera hácia una huerta habia sido robada, y algunos dias despues, se vió á uno de los escuderos del señor del castillo, plantar delante de la muralla de éste una bandera con esta leyenda ricamente bordada.

«El muy noble y poderoso señor Milano, toma por esposa á la jóven Leonór.»

Leonór, era precisamente la jóven que habia desaparecido siendo robada por el misterioso castellano. Todos hablaron de su buena suerte, y los aldeanos del contorno venian con mucha cautela todos los dias y á todas horas, al pié de las murallas del castillo señorial, llenos de curiosidad, para atisvar á la noble esposa del señor Milano.

De corta duracion fué la soñada ventura de la jóven Leonór.—Notaron los aldeanos una noche agitarse al través de las altas y estrechas ventanas del castillo varias luces, cuyo resplandor les pareció de siniestro presagio.

Súpose poco tiempo despues, que habia sido llamado al castillo un célebre escultor, para levantar en su gótica y sombría capilla, un magnífico sepulcro en cuya losa se leia el nombre de Leonór.

En aquellos tiempos del dominio feudal, los hombres pensaban lo que querian, porque el pensamiento fué siempre libre, pero no se atrevian á mas: así los aldeanos callaron y miraban cada dia con mas terror el misterioso castillo de su señor, cuyo rostro jamás habian visto de cerca.

Al cabo de algun tiempo, notaron que todas las tardes al ponerse el sol, se bajaba el puente levadizo del castillo, y el altivo castellano armado de todas armas, salia solo á emboscarse en la alameda, como si tratase de tomar segunda esposa, del mismo modo que la primera vez.

Buen cuidado tenian los aldeanos de no encontrarse con él.... que con aire altivo, paso firme, que hacia estremecer la tierra resonando á speramente el ruido de sus botas de acero, un baston de hierro en la mano, una hacha pendiente de la cintura, y un pesado casco que casi le ocultaba el rostro, se dirigia lenta y pausadamente á situarse en la alameda contigua á su morada, y permanecia allí casi toda la noche.

Fué tanto el terror que inspiraban los nocturnos paseos del sombrío castellano, que las jóvenes ya desde entonces no se atrevieron jamás á salir solas. Cuando al anochecer ó al rayar el crepúsculo de la mañana, se veian precisadas á pasar cerca del castillo que habia habitado la pobre Leonór, iban acompañadas de sus padres y hermanos, y las jóvenes se agarraban al pasar unas á otras llenas de terror y como preguntándose: ¿está despierto el Milano?

Esta crónica ha sido el origen sin duda del juego que los niños llaman del Milano.

Este juego es mas propiamente de niñas, aunque tambien juegan á él los niños con el nombre de San Miguel y el diablo.

Se necesita que á lo menos haya cinco ó seis niñas. Cada una debe de tener cuidado de ponerse á la cintura un pañuelo para agarrarse de él, y formar la cadena volante que vamos á esplicar, porque si se agarran de los vestidos es muy fácil el romperlos.

La suerte designa á la que le toca hacer de Milano.

Las otras niñas hacen de palomas. La mas lista, ó bien cada una por turno hace de madre, ó jefe de la banda. La primera paloma, tiene las manos enteramente libres para poder rechazar al milano, la segunda paloma, agarra á la primera por la cintura colocándose exactamente detrás de ella, la tercera, hace lo mismo con la segunda, y así las demás.

Cuando toda la bandada de palomas está colocada detrás de la madre recomienda ésta á todas las niñas que juegan, que sigan sus movimientos, sin desprenderse unas de otras, ni romper la cadena, despues se adelanta y se dirige á un árbol si es en un campo ó en un jardin donde juegan, ó á una silla si es en una sala, donde se supone ser la habitacion del milano, cantando todas dando una vuelta alrededor.

Vamos á la huerta

De Pedro Torongil!

Veremos al milano

Comiendo peregil.

Gil! Gil! Gil!

La que hace de madre ó jefe de la banda pregunta: *¿Palomita la de atrás?*

—*¿Qué manda madre?* responde la niña que forma la cola de la cadena. *Ves á ver si está el milano muerto ó vivo.* Se adelanta entonces á donde está la que hace de milano, que se hace la dormida y vuelve á la banda la paloma, y dice: *Está muerto.* Vuelve á darse nuevamente otro paseo por delante del milano y con la misma cancion y las mismas preguntas, hasta que la tercera vez la palomita de atrás, dice *Está vivo!* El milano se lanza entonces sobre la banda, y trata de coger una de las palomas, estas siempre exactamente detrás de la madre procuran esquivar sus ataques y la paloma jefe de la banda, como vigilante centinela impide al milano llegar. Si el milano es mas activo en el ataque, que la madre en la defensa, si por un salto ligero ó un fingido regate llega á tocar á una de las niñas que representan las palomas, aquella queda de milano poniéndose en su lugar.

Este juego es muy divertido, se hace con él mucho ejercicio, y contribuye á dar robustez y agilidad al cuerpo.

EL CONDE DE FABRAQUER.